

Ética y universidad:

Algunas reflexiones sobre la enseñanza de la ética en la educación superior colombiana

Introducción

La enseñanza de la ética trae consigo retos más allá de los que le impone la ya crucial tarea de la formación axiológica y moral de nuestros educandos. Dificultades que han puesto en tela de juicio la enseñabilidad misma de la ética dentro de las instituciones de educación superior, así como también su viabilidad y utilidad práctica. El presente ensayo pretende presentar, no sólo mi visión sobre dichas dificultades, sino también algunas reflexiones —por demás eclécticas— sobre las que considero como las salidas a las mismas.

Primera parte

1. La imposibilidad de la enseñanza de la ética

Surgidas de posturas reduccionistas y limitadas de la ética, las siguientes preconcepciones fundamentan la creencia de que ésta no es enseñable, o por lo menos no dentro del ámbito de la educación superior; veamos:

Considerar a la familia como única responsable del desarrollo ético.

Darle todo el peso de la enseñanza de la ética a la familia es, en mi concepto, un grave error. Por muy buen trabajo que la familia realice en la transmisión y en la afirmación de lo ético, ésta no puede pretender abarcar, ni todo el desarrollo ético de una persona, ni todos los posibles escenarios de aplicación ética.

Es innegable que la familia posee un rol definitivo en la adquisición de valores, sobre todo en las primeras etapas del desarrollo ético de la persona; pero en el resto de la vida existen otros actores dentro de los procesos de sociabilización del sujeto que siguen influyendo en sus comportamientos éticos de manera decisiva. Un ejemplo claro de lo anterior es el papel que juegan los amigos. Se puede considerar a la amistad como una de las esferas más importantes en la adquisición de valores luego de la primera infancia. Dos hechos sustentan lo anterior: primero, generalmente existe una reacomodación en la escala de valores y una asimilación de nuevos valores cuando un sujeto entra a un nuevo círculo de amigos, en donde la aceptación grupal muchas veces prima sobre algunas de las enseñanzas axiológicas pasadas; segundo, son los amigos con quienes el niño pasa la mayoría del tiempo cuando comienza con su etapa escolar y, en consecuencia, son ellos quienes lo acompañan en el tránsito desde ese punto hasta las etapas posteriores de mayor autonomía.



Así mismo, no podemos olvidar que en una sociedad como la nuestra, en la que el papel educador de los padres ha pasado cada vez más temprano a manos de las instituciones educativas, lo familiar pierde terreno frente a cualquier otro elemento que pueda influir en los niños y jóvenes (llámense compañeros, colegio, televisión, etc.). Así las cosas, en mayor o menor grado, los diferentes aportes de la familia (por fuertes que estos sean) se ven cambiados, transformados o reforzados por factores ajenos a ella y a su control.

La enseñabilidad de la ética dentro de la educación superior es un esfuerzo fútil. Obviamente, esta pre-concepción es subyacente por la presunción de que la construcción del ser ético se detiene en la niñez o, si acaso, en la juventud y que, por lo tanto, el estudiante que recibimos en la universidad es un sujeto ético acabado, al cual la universidad no tiene ningún elemento adicional que aportarle. Cualquier docente que haya encarado con compromiso la enseñanza ética sabrá que no hay nada más alejado de la realidad.

Pero, más allá de consideraciones puramente experienciales que puedan contradecir lo anterior, es necesario plantear que esta visión ya ha sido re-evaluada también por los resultados de varias investigaciones. Por ejemplo, el psicólogo norteamericano James R. Rest investigó el tema del desarrollo moral y estas son algunas de las conclusiones a las que llegó y que atacan el argumento de la imposibilidad de la enseñanza ética dentro del ámbito universitario:

- Cambios dramáticos ocurren en los jóvenes adultos que están entre los 20 y 30 años en términos de las estrategias básicas de resolución de problemas que ellos utilizan para lidiar con dilemas éticos.
- Estos cambios están conectados con cambios fundamentales en cómo una persona percibe la sociedad y su rol en ella.
- La magnitud en la cual el cambio ocurre está asociada con el número de años de educación formal (universidad).
- Los intentos educativos deliberados (por currículo formal) para influenciar la toma de conciencia de problemas morales y fomentar los procesos de razonamiento y juicio morales han demostrado ser efectivos¹.



Otro de los psicólogos preocupado por averiguar si ya en la etapa de la educación superior una persona puede mejorar su habilidad para lidiar con problemas éticos y si la misma universidad puede ayudarlo en este proceso fue Lawrence Kohlberg de la Universidad de Harvard. A través de los estudios que realizó, Kohlberg descubrió que las habilidades éticas no se desarrollan sólo en nuestra niñez sino que se van adicionando elementos en las diferentes etapas de la vida. Si bien muchos factores influyen y estimulan el desarrollo moral de un individuo, según los hallazgos de Kohlberg, uno de los más importantes es la educación. Descubrió que cuando las personas tomaban cursos en ética dichos cursos las obligaban a mirar los problemas desde perspectivas universales haciéndolas evolucionar sus comportamientos éticos².

El otro gran argumento en contra de la enseñabilidad de la ética es que ésta es un constructo netamente individual y, por consiguiente, todos los esfuerzos por tratar de generar cambios éticos serían más que infructuosos. “Nadie se vuelve bueno porque le digan que sea bueno”, parece ser la consigna. En verdad no se puede atacar el hecho de que cada una de las personas sean autónomas en su desarrollo ético. Pero el error de esta posición no se halla ahí; su falla radica en que está basada en un mal juicio inductivo. El que generalmente las personas no modifiquen sus conductas guiadas por fuentes exteriores no quiere decir que nunca o de ninguna manera se pueda lograr.

Así las cosas, el real problema es más de forma que de fondo. En lo que verdaderamente se ha fallado es en la manera de inducir dichos cambios, pero de esto no se puede concluir que no se pueda lograr. La falla ha sido el cómo, pero de estos errores nos ocuparemos más tarde.

2. La inutilidad de la enseñanza de la ética

Uno de los elementos que más contribuye a crear pre-conceptos negativos hacia la enseñanza de la ética es producto de la realidad social de nuestro país. Inequidades, injusticias, arbitrariedades, etc., contrastan y le quitan sentido a cualquier esfuerzo que propenda por el desarrollo ético.

El tratar de enseñar, por ejemplo, la importancia de ciertos valores sociales y personales cuando la realidad social se desarrolla en un sentido claramente opuesto, hace que la ética quede totalmente desvir-



tuada. Esto, además, tiene otro resultado nefasto: la resistencia de los alumnos. Cualquier alumno es capaz de evidenciar la brecha entre la teoría y las reales conductas sociales, mostrándoseles como absurdo el proceso de su enseñanza. Es por tal motivo que ética les suena a sermón dominical o a un aburrido tratado moralista sobre cómo ser “buenos”, mientras que, por otro lado, son bombardeados todos los días por una realidad que les demuestra lo opuesto. De tal manera, la ética empieza a formarse como un elemento inútil y totalmente desprovisto de significado práctico.

Mas esto también tiene una solución decorosa: si la realidad social parece restarle sentido al quehacer ético, el presentar ejemplos de las diversas acciones que propenden por cambiar y mejorar nuestro panorama social y cultural da un punto de apoyo para demostrar cómo la ética es causa necesaria, precisamente, para lograr dicho cambio social.

3. Errores en la práctica docente

Un saber cualquiera —comprendido el de las humanidades— que se transmite con carácter instrumental, exclusivamente, despoja al mismo de todo interés vital³.

Pero si el panorama es ya sombrío, como marcábamos anteriormente la manera en la que muchos docentes afrontan la enseñanza ha ayudado a ensombrecerlo aún más. He aquí algunas de tales prácticas docentes:

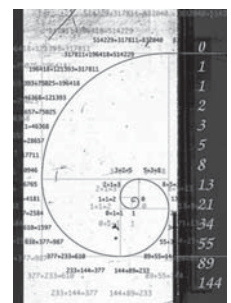
La enseñanza ética transmisionista

Si existe algo más peligroso dentro de la enseñanza de la ética es el transmisionismo. Al encarar su enseñanza como la transmisión de una lista de los valores que deseamos que los estudiantes posean estamos, no sólo viendo a la ética como una receta, sino que la estamos equiparando con aquellos saberes meramente instrumentales. Por otra parte, la ética tiene en gran medida que ver con el manejo de la libertad y, al quedarnos tan sólo en la transmisión, no damos cabida a dicha libertad; por lo tanto, no estamos siendo consecuentes con la ética misma.

La ética se enseña, sí, pero no como se enseña la matemática. Si aceptáramos que primordialmente es un proceso de construcción de cada uno de los sujetos, el papel de la universidad está en ayudar y motivar esa construcción. Entonces, el docente, más que mero transmisor, debe encargarse del reto de ser un guía, un tutor persuasivo que no utiliza dogmatismos y mucho menos su autoridad deontológica.

(...) la formación de valores en el currículum (sic) universitario no se limita a un proceso simple, lineal y homogéneo de transmisión de información del profesor al estudiante, donde el estudiante es un ente pasivo en la recepción de significados, sino que se produce en un proceso complejo de comunicación entre profesores y estudiantes, en el proceso de enseñanza-aprendizaje, donde el estudiante asume una posición activa en la apropiación individual de los significados para la construcción de sus valores⁴.

Se debería, por lo tanto, interactuar más que realizar una pasiva transmisión; plantear posibilidades más que enseñar la “verdad”; pero, por sobre todo, fomentar la reflexión, dirigida a generar un autoconocimiento y una regulación de las conductas éticas. Nada sencillo, pero tampoco imposible.



Olvidar el tiempo en el que vivimos

Otra de las deficiencias en las que hemos caído al enseñar ética es su anquilosamiento. Practicar la enseñanza ética de la misma manera en la que se enseñaba el catecismo cristiano de hace medio siglo no sólo es utilizar una perspectiva obsoleta sino también es olvidar el contexto social y cultural del mundo actual. Por poner tan sólo un ejemplo entre muchos miremos una de las marcas del mundo actual: la globalización.



“El ciudadano del siglo XXI (sic), quizás más que el de otras épocas, va a enfrentarse a retos personales cuyas decisiones de acción sobre estos influirán en las personas que están a su lado y en las que no están tan cerca”⁵.

Y si bien no podemos plantear que todos los colombianos hacemos parte íntegra de la aldea global, tampoco podemos desconocer que la mayoría de nuestros alumnos sí. Es así que la enseñanza debe comprender, primero, el hecho de que nuestros alumnos se están o se van a enfrentar a escenarios éticos inéditos tanto en el plano personal como en el laboral y, segundo, debe repensarse en aras de atender los desafíos éticos que este cambio está presentando.

Olvidar que la universidad (como un todo) debe ser un espacio de aprendizaje ético

Defendimos antes que la universidad puede ayudarle a sus alumnos en la optimización de su desarrollo ético. Y, a decir verdad, la universidad tiene todos los elementos para convertirse en un “laboratorio ético”: un espacio de reflexión y prácticas éticas, que les presenta a sus estudiantes un reflejo de lo que es y será la sociedad que van a enfrentar; hay una interacción

constante con otros, un gobierno, unas leyes y, sobre todo, una libertad de acción y pensamiento (lo que la diferencia en gran medida de las anteriores etapas de la educación). Es más, me atrevería a decir que a todo el proceso educativo lo subyacen elementos éticos.

Pero el generar dicho espacio no es una tarea que recaiga únicamente en los docentes directamente encargados de la materia (por más comprometidos que estén). Se requieren ingentes esfuerzos por parte de las directivas de las instituciones por demostrarle a sus alumnos que la ética tiene una auténtica cabida dentro de sus instituciones. Esto último es, tal vez, lo más complicado de lograr. Bastante se suele hablar sobre la necesidad de la ética; pero, ¿esto realmente se demuestra en acciones concretas? No sirve sólo decirlo, hay que hacerlo. Las buenas intenciones no son éticas.

Además, esto no se logra con la salida más simple y común:

“No se trata de hacer grandes cambios curriculares ni nuevas reformas en los planes de estudio, sino de incorporar en los planes de cada asignatura contenidos y objetivos terminales de naturaleza ética, pero sobre todo de carácter procedimental y actitudinal”⁶.

Además, la universidad debe ser consecuente en todas sus instancias con la ética; esto es, que todos los actores en el proceso educativo demuestren con sus actos la importancia de la ética, lo cual implica acciones tanto curriculares como extra-curriculares.



Segunda parte

Salidas

Ante todo lo anterior me parece claro que la enseñanza de la ética merece ser repensada y replanteada; el complejo problema es el cómo. Ya hemos planteado algunas respuestas a esa pregunta, pero terminemos precisando un poco más.

Recuperar la verdadera utilidad de la ética

Como argumentábamos arriba, la enseñanza de la ética no puede continuar siendo transmisionista; no sólo porque esto produce y/o refuerza las preconcepciones referidas, sino que también le sustrae el verdadero potencial a la ética. Quien enmarca a la ética sólo dentro de el definir qué está bien y qué está mal (como suele hacerse en la mera trasmisión) está viendo sólo la punta del iceberg⁷. Un ser ético no es aquel que revisa su listado de valores cada vez que se enfrenta a una decisión moral; esto, dado el caso, es tener definida su posición moral. La verdadera potencialidad de la ética casi no aparece en una situación en la que se reconoce claramente la línea que divide el bien del mal. Una persona realmente ética es aquella que se encuentra preparada para afrontar situaciones de dilemas éticos verdaderamente fuertes (v.g., cuando se enfrenta el bien vs. el bien) y es capaz de sortearlas. Así que esta persona no sólo necesita tener clara la parte meramente moral (los cánones de conducta) sino que también debe poseer características como, entre otras: el juicio, la capacidad de análisis, la capacidad de pensar desde diferentes puntos de vista y, por encima de todo, la capacidad de evaluar y cambiar sus propios comportamientos éticos.



En conclusión, por lo que se debe preocupar la universidad es por generar estas características en sus alumnos. Así mismo, tratar de que comprendan que la construcción de su ser ético es un proceso que deben hacer y rehacer las veces que sea necesario a partir de una reflexión constante; que logren determinar qué clase de personas son y qué clase deberían ser; que descubran su propia escala de valores; que aprehendan que, más importante que los valores que puedan tener, es lo que hagan con ellos, y que cuiden del desarrollo de su carácter dentro de sus comunidades y de ellos mismos. De esa forma les estaríamos dando herramientas para que el uso de su ética sea real y productivo.

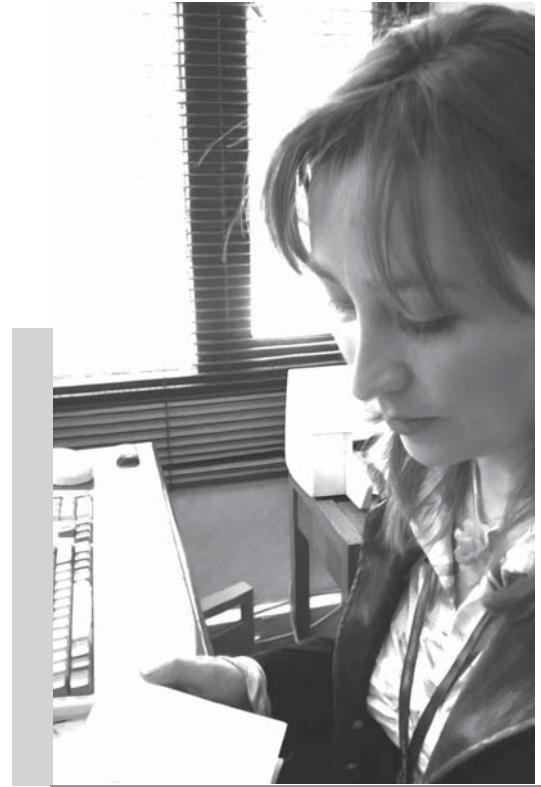
La enseñanza ética debe responder a la cultura colombiana

Uno de los puntos más olvidados sobre la ética es que ésta no es estable ni mucho menos absoluta. Por consiguiente, si bien la ética que enseñemos debe tener en cuenta el ámbito global, también debe responder al contexto social que nos envuelve, a ese particular *ethos* colombiano. Por lo tanto, hay que identificar los

valores que recorren la cultura de nuestro país y hacer que los alumnos reflexionen sobre ellos. Desde mi concepción, dicha reflexión debería ser mucho más acentuada en los valores culturales negativos que direccionan marcadamente los comportamientos éticos en nuestra sociedad: valores (muchas veces ocultos) como la apatía política, la crítica sin sentido, la pasividad y la indiferencia, el oportunismo, etc. Seguramente el simple hecho de hacer que tomen conciencia de ellos puede ser considerado como una significativa ganancia y punto de partida para un cambio actitudinal y ético.

Los alumnos: el primer y más importante referente

No quisiera finalizar sin plantear un componente que casi siempre es olvidado: cualquier sea el camino que tomemos no podemos dejar de lado a los sujetos a los que va dirigido: nuestros alumnos. Me refiero a que debemos respetar a los alumnos y tenerlos en cuenta al planear nuestras clases, sin ser aburridos, ni condescendientes, ni mucho menos moralistas.



Ellos tienen todas las capacidades para lograr ser más reflexivos (hacia adentro) y críticos (hacia fuera); de nosotros depende el inducirlos a ello. La gran pregunta, tomando las palabras de la doctora Viviana González, es: ¿estaremos preparados la universidad y los docentes para este reto?



CITAS

- ¹ Cfr. ANÓNIMO. Can Ethics Be Taught? [en línea] Markkula Center for Applied Ethics. Santa Clara University, (EE.UU), 2002. [Fecha de consulta: marzo de 2002]. Disponible en Internet en la dirección: <http://www-dev.scu.edu/ethics/practicing/decision/canethicsbetaught.html>
- ² Cfr. Ibíd. Para una perspectiva más cercana a la latinoamericana véase también González Maura, Viviana. "La educación de valores en el currículum universitario: un enfoque psicopedagógico para su estudio" [en línea]. OEI, Programa de educación en valores, 2003. Disponible en Internet en la dirección: <http://www.campus-oei.org/valores/maura.htm>
- ³ OROZCO SILVA, Luis Enrique. La formación integral: mito y realidad. Bogotá : Universidad de los Andes, p. 29
- ⁴ GONZÁLEZ MAURA, Viviana. Op. cit.
- ⁵ MARTÍNEZ MARTÍN, Miquel et al. "La universidad como espacio de aprendizaje ético". [pdf] En: Revista Iberoamericana de Educación. No. 29. Mayo-Agosto, 2002. OEI. [Fecha de consulta: enero de 2003]. Disponible en Internet en la dirección: <http://www.campus-oei.org/revista/rie29a01.pdf>
- ⁶ *Ibíd.*
- ⁷ Desde mi perspectiva, la ética ha caído en el sólo propender por crear ciudadanos que cumplan leyes; sin embargo, es necesario, a la vez, buscar crear personas. Quedarse en lo primero es simplemente lo más fácil y, a su vez, lo más ilusorio; es darse por vencido.